

ANÁLISIS ICONOGRÁFICO E ICONOLÓGICO

DE LA COATLICUE

Pamela Cruz Rocha

*Licenciatura en Ciencias
del Arte y Gestión Cultural
Universidad Autónoma de Aguascalientes*

Introducción

Simbología: parafernalia simbólica en los dioses para representar sus atributos y acciones; símbolos numéricos, de contenido temporal, mítico y de representación de la realidad.¹

En las representaciones artísticas de los mexicas, y en general de cualquier cultura prehispánica, todos y cada uno de los elementos iconográficos que los componen son significativos: peinados, tocados, pintura facial y corporal, orejeras, narigueras, diversas prendas de vestir, tipo de sandalias, objetos que portan, etcétera. Y es gracias a los estudios iconográficos que ahora se pueden comprender con mayor facilidad el arte, la historia, las tradiciones religiosas y los valores sociales de éste México Prehispánico.

En principio debemos ubicarnos en el tiempo y localizar dónde está la base o motivo de inspiración para la obra que

¹ Adela Fernández, *Dioses prehispánicos de México*, Panorama Editorial, México, 1992, p. 34

estamos a punto de analizar iconográficamente. No podemos usar manuales de iconografía como el de Cesare Ripa o el de Gravelot y Cochin (que se centran en mitología griega, en los valores morales o sociales de la cultura occidental clásica); primeramente debemos darnos cuenta que nuestra obra está localizada en un tiempo aún más antiguo, en una sociedad prehispánica, donde incluso los motivos artísticos eran otros. Esto es quizás lo que para mi, contiene la parte más interesante e innovadora del trabajo por exponer. Aunque ya exista un interés por conocer ese pasado nuestro y quienes se dediquen a difundirlo en casi todos sus aspectos, siempre quedan pequeños huecos o abandonos. Si miramos por el lado iconográfico e iconológico, nos damos cuenta que existe un campo aún virgen y ansioso por ser llevado a la luz.

Aclaro, que no me refiero a que no existan estudios iconográficos del arte prehispánico, porque como lo mencionaba más arriba, sin ellos aún no podríamos descifrar grandes aspectos de las culturas precolombinas.

Lo que pretendo mostrar aquí no es sino un breve estudio iconográfico e intento de análisis iconológico de una de las piezas más enigmáticas y fabulosas, perteneciente a una de las culturas más impresionantes y determinantes del periodo prehispánico; estoy hablando de la *Coatlícue*.

Análisis iconográfico e iconológico de la Coatlícue

Coatlícue no sólo es la gran paridora, a quien se debe cuanta vida hay en la tierra. Es también la gran destructora, principio y fin de todo ser terrenal.

Paul Westheim

Coatlícue, ‘la de la falda de serpientes’, es la deidad más complicada y fascinante del panteón náhuatl. En torno a ella se han creado grandes debates, especialmente de carácter estético-artístico, no sólo por su particular apariencia sino por todo lo que significa y representa dentro de la tradición prehispánica.

La figura de la *Coatlícue*, madre milagrosa del Sol, la Luna y las estrellas, fue encontrada el 13 de agosto de 1790 en la Plaza Mayor de la ciudad de México; una fecha por demás significativa, ya que un 13 de agosto pero de 1521, cayó la Gran Tenochtitlan en manos de los conquistadores españoles. Según Justino Fernández, fue elaborada hacia 1454, aunque Esther Pasztory propone que se esculpió para la celebración del fuego nuevo de 1506. La última fecha parece ser la versión más acertada puesto que para ese tiempo, los mexicas ya asentados en Tenochtitlan, ya usaban tanto el arte

como la arquitectura como medios para consolidar su poderío en la región.²

En principio debemos adentrarnos en la historia y el origen de esta divinidad, siguiendo la cosmovisión y la filosofía náhuatl, puesto que esa es la visión que los mexicas pretendían escenificar en ese gran monolito de piedra.

En el principio de los tiempos, cuando no había nada, se creó *Ometeotl*, el dios primigenio porque se forma de la nada. Él se pensó y se inventó a sí mismo para construir el principio y generar todo lo demás que llegaría a constituir su universo. También es llamado *Moyocoyani* ‘el que se creó a sí mismo’. Al crearse a sí mismo, se vuelve el verbo de la creación y está constituido por el *ollin*, ‘movimiento’, y las sustancias cósmicas.

Al ser *Ometeotl* el todo, implica reunir en su ser lo antagónico o los opuestos que definirán el curso de cuanto existe. Esto significa que al mismo tiempo, encarna la nada. Será el creador del orden pero también del caos.

Si bien es espíritu y materia, fuego y agua, blanco y negro, estatismo y movimiento, caos y orden, vida y muerte, creador y destructor, consecuentemente al acoplar en sí mismo las fuerzas contrarias de lo positivo y lo negativo, es dual.³

Es por este principio de dualidad que lleva el nombre de *Ometeotl*, que significa ‘Dios de la Dualidad’, y vive en el *Omeyocan* ‘Lugar de la dualidad’.

Siguiendo con el principio de la dualidad, cabe señalar que *Ometeotl* es a su vez masculino y femenino, pero cada una de estas partes está manifestada por otros dos seres que son parte de él mismo, pero que ya cuentan con su propio nombre y lugar en el panteón náhuatl: estos son *Ometecuhtli*, ‘Señor de la Dualidad’, y *Omecihuatl*, ‘Señora de la Dualidad’; a ellos se les considera la pareja creadora, dioses de la creación de la vida.

A su vez, cada uno engendra nuevas manifestaciones que se van centralizando en elementos específicos de lo que será el universo, pero siempre manteniendo ese principio dual. *Ometecuhtli* tiene como una de sus primeras manifestaciones la de *Xiuhtecuhtli*, ‘señor del fuego’, el que genera vida, calor, luz. Al mismo tiempo *Omecihuatl* se manifiesta como *Coatlicue*, ‘la de la falda de serpientes’ simbolizando la tierra, la gestación, el alumbramiento y la muerte que condiciona lo efímero.⁴

Es precisamente por este origen que también se le conoce como *Teteoian*, ‘Madre de los dioses’ o *Teotenantzin*, ‘la apreciada madre de los dioses’. Al ser una manifestación directa de la pareja creadora, sería lógico que de su vientre, que sim-

2 María Teresa Uriarte, “Coatlicue. Imagen de consolidación del estado mexica” en *Iconografía del México Antiguo. Revista Arqueología Mexicana*, Editorial Raíces, vol. X, no. 55, mayo-junio de 2002, p. 68

3 Fernández, *óp. cit.*, p. 52

4 *Ibidem*, p. 52

boliza la tierra, se engendrarán los cuatrocientos mil dioses y hombres que pasarían a poblar el mundo.

Por otro lado, Coatlicue también encarna a un personaje histórico de uno de los mitos más importantes del mundo náhuatl. Se trata de la madre de uno de los grandes héroes para los mexicas: *Huitzilopochtli*. Aquí se muestra un fragmento del nacimiento de *Huitzilopochtli*, traducido del náhuatl por Miguel León Portilla:

En Coatepec, por el rumbo de Tula,
había estado viviendo,
allí habitaban una mujer
de nombre Coatlicue.
era madre de los 400 Surianos
y de una hermana de éstos
de nombre Coyolxauhqui.

Y esta Coatlicue allí hacía penitencia,
barría, tenía a su cargo el barrer,
así hacía penitencia,
en Coatepec, la Montaña de la Serpiente,
y una vez,
cuando barría Coatlicue,
sobre ella bajó un plumaje,
como una bola de plumas finas.

En seguida lo recogió Coatlicue,
lo colocó en su seno.
Cuando terminó de barrer,
buscó la pluma, que había colocado en su seno.
pero nada vio allí.
En ese momento Coatlicue quedó encinta.⁵

Probablemente, al compararla con *Huitzilopochtli*, la *Coatlicue* parece tener un

papel relegado o no tan importante, ya que *Huitzilopochtli* tiene un rol fundamental dentro de la vida diaria del mexica. Sin embargo, ya hemos visto y fundamentado como ésta se encuentra presente en la vida del cosmos desde su principio, y como es prácticamente imposible pensarlo sin ella, ya que el mismo *Huitzilopochtli* le debe su existencia.

Habiendo dado ese primer punto, proseguiré a lo interesante del asunto: el análisis iconográfico e interpretación iconológica de la representación más grande e importante que existe de ella en el enorme monolito de piedra. A continuación se ve un dibujo donde se muestran todas las caras, ángulos y posturas de esta escultura, y de esta manera nos permite referirnos a cada una específicamente.

En el lugar de la cabeza tenemos a dos serpientes que se enfrentan cara a cara, y a su vez, cada una se divide en dos mitades que son los perfiles de las serpientes que se juntan en el centro, creando la ilusión de observar un solo rostro que se unifica y se divide alternativamente, en un juego de caras que busca anular el tránsito que va de la dualidad a la unidad y viceversa. Se unen sus fauces al centro y muestran una sola lengua bífida, que sale de la boca de feroces colmillos. Esta no es la primera vez que se utiliza la imagen de dos per-

5 Códice Florentino, Lib. III Cap. I.

Traducción directa del náhuatl hecha por el Dr. Miguel León Portilla

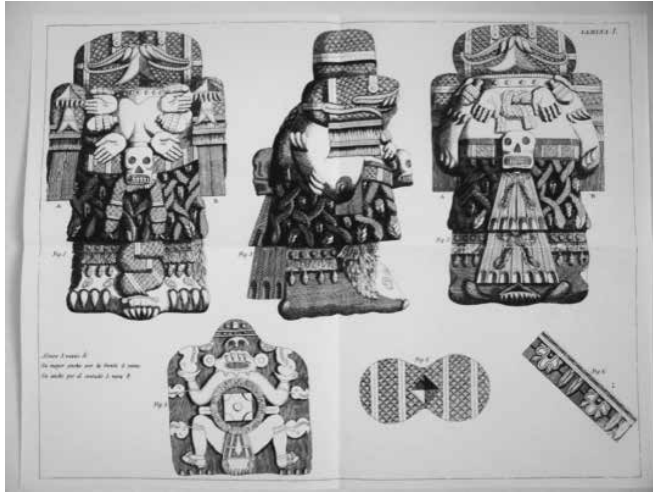


Imagen 1. Francisco Agüera, *Dibujo del monolito de la Coatlicue*. Foto: Leonardo López Luján/ INAH

files serpentinos encontrados; también la podemos apreciar en el último anillo de la Piedra del Sol. Este es sólo el principio de las tantas veces que veremos representada a la serpiente dentro de toda la figura, atreviéndonos a declarar que sin duda, la serpiente es el elemento que la define.

Aunque se reconozca como una divinidad femenina, es distintivo de ella que posea escasos rasgos femeniles, puesto que su propósito parece ser alejarse de la mujer humana lo más posible, para así concentrarse en su lado divino e imponer el respeto y temor debidos. Partiendo de su mayor atributo, la serpiente, podemos fácilmente inclinarnos a relacionarlo con un personaje particular dentro de la estratificación social mexicana: *Cihuacoatl*, ‘mujer

serpiente’. El nombre por si solo nos da la razón, sin embargo es importante notar que ese título era utilizado comúnmente y de manera más banal, para designar al consejero directo del rey tlatoani, jefe del ejército. Por otro lado también nos refiere a la diosa protectora del nacimiento y de las parteras, entre otras. Es la protectora de las *Ciahuateteo*, ‘mujeres diosas’, aquellas que muriendo a la hora del parto, son divinizadas.

Ese lado femenino vinculado dentro del pensamiento náhuatl con la oscuridad, la tierra, lo bajo, la muerte, la humedad y la sexualidad; lo encontramos muy arraigado a la idea completa que define a la Coatlicue. Es entre ella y las demás divinidades femeninas, que le otorgan esos atributos al



sexo femenino y además, los portan con excesos y grandiosidad.

La piel de reptil que vemos en toda ella es la piel de *Cipactli* o ‘monstruo de la tierra’. Se trata del monstruo primordial que al ser partido en varios fragmentos dio origen a la superficie terrestre. Este monstruo es a la vez, la representación del relieve terrestre, donde existen las cuevas, los lagos, los cerros, donde corren los ríos, donde brotan los manantiales, donde se generan las plantas de todo género, especialmente las que alimentan al hombre.⁶

Puede ser una referencia directa a la superficie terrestre donde es posible la vida humana, no sólo dentro del atributo terrestre que ella posee como divinidad, sino como esa tierra ideal a donde llegarán más tarde los mexicas, guiados por un dios que ella misma engendró de sus entrañas.

Es esa tierra, llamada *Tlalticpac*, una extensión cuadrada que está definida por los cuatro puntos cardinales y las fuerzas que emanan de ellos; pero todo, siempre sostenido por un eje al centro donde convergen todas las fuerzas. Coatlicue encarna ese mismo principio de convergencia, no sólo como eje de la tierra, sino de los extremos opuestos a los que se ve inmiscuida por su principio dual.

La correspondencia entre las serpientes que forman la cabeza y las dos serpientes que forman las manos no es casualidad, ya que no existen cabos sueltos en este arte rigurosamente estructurado. Sabemos que el cerebro trabaja de manera cruzada, dejando que los dos hemisferios gobiernen el movimiento corporal de sus lados opuestos. Este movimiento cruzado también lo vemos presente en el fragmento que narra la creación del cielo y la tierra a partir del monstruo de la tierra, cuya mano derecha llevan los dioses hacia el pie izquierdo y la izquierda hacia el derecho hasta que la tensión provoca la ruptura y la consiguiente separación de niveles cósmicos.

En el cuello lleva un collar de manos y corazones que remata el centro con un cráneo, que cubre parcialmente sus senos flácidos. El collar embona los dones más preciados del guerrero: el corazón, el depositario del valor en las batallas, y las manos, que nos remontan a la habilidad y el entrenamiento en el manejo de las armas. Otorgarle a la Coatlicue esta calidad de ofrendas significa reconocerle la jerarquía máxima como diosa de la vida y de la muerte, que ejerce su dominio a través del acuerdo entre pensamiento (cabeza), sentimiento (corazón) y manos (acción). Recordemos que para el mexica, la batalla y la muerte en ella era lo más glorioso por lo que podía pasar el hombre. Veamos como las manos se encuentran con las palmas vueltas al espectador como en signo

6 Beatriz Barba Ahuatzin y Alicia Blanco Padilla (coordinadoras), *Iconografía mexicana VII Atributos de las deidades femeninas. Homenaje a la maestra Noemí Castillo Tejero*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2007, p. 113

de entrega, puesto que han entregado hasta la vida en la guerra sagrada.

Todo en conjunto nos remite al *in ollin in yolotl*, ‘movimiento del corazón’, es decir la emoción humana, carne y sangre, fuerza, alimentos de los dioses. El alimento sagrado de los dioses: la sangre, el sacrificio humano.

Para que el Sol, la Luna y los astros continúen inalterables su curso; para que los innumerables dioses sean propicios y la tierra siga ofreciendo generosa sus dones, y la lluvia sea oportuna, y los animales crezcan y se reproduzcan; para que la armonía del cosmos se vea correctamente reflejada en el orden de la sociedad, y ésta se levante como la más pujante, estableciendo su poderío y su sacralidad sobre todo el mundo conocido; para que todo esto sucediera –y sucedió–, Huitzilopochtli demandó a los mexicas la sangre y los corazones de guerreros y doncellas, de niños y ancianos... porque –de acuerdo a la mitología de ese pueblo– los seres humanos fueron creados por los dioses para alimentar la voracidad del Universo.⁷

Como madre de los hombres, es natural que exija respeto y múltiples reverencias; y no había mayor cortesía y ofrenda que el sacrificio humano. Además, como lo menciona el texto, este figuraba como el rito

más importante del ceremonial mexica y es gracias a él, que toman su papel como sanguinarios y salvajes dentro de las demás culturas mesoamericanas.

Y tal vez, el hecho de que sea Huitzilopochtli, hijo mismo de la Coatlicue, quien les manda y establece dicho ritual; provoca que el atributo de la sangre, tenga un valor aún mayor dentro de la representación de su madre.

El cráneo humano, provisto de ojos, que aparece como centro y decoración final del collar, nos simboliza en primera instancia a la muerte y de otra manera, cómo su eterna vigilancia prevalece en su dominio sobre el ciclo de la vida del hombre.

Sus senos flácidos que parecen querer pasar desapercibidos, tan sólo nos recuerdan a la madre que ha amamantado a innumerables dioses y que el mismo uso y paso de los años los han dejado en tal estado. También nos refieren a un tipo de madurez que sólo una mujer puede alcanzar tras haber criado a tantos hijos; una madurez que no sólo se refleja en su cuerpo, sino en su mente.

Sus manos han sido sustituidas por amenazantes cabezas de serpientes que se proyectan hacia el frente, listas para atacar; que a su vez, representan una réplica de las serpientes que forman la cabeza. En el lugar de las manos, los hombros y los codos se ven símbolos del monstruo de la tierra. Tenemos una correspondencia muy curiosa entre estos dos elementos: los hemisferios cerebrales piensan y conciben; las manos llevan a la acción esos proyec-

⁷ Yolotl González Torres, “El sacrificio humano entre los mexicas” en *Los Mexicas. Revista Arqueología Mexicana*, Editorial Raíces, vol. III, no. 15, septiembre-octubre de 1995, p. 4



tos y pensamientos. Manos y cerebro deben estar siempre comunicados tanto en el mundo de los humanos como en el de los dioses; y no hay mejor manera de plasmarlo que mediante una correspondencia de tamaño y forma.⁸

Más abajo tenemos la representativa falda de serpientes, atributo relacionado con lo terreno y lo humano, en cuanto a sabiduría se refiere; y al relacionarlo directamente con el animal, identificamos el constante movimiento de la vida, decadencia y muerte, el cambio de piel o de follaje que caracteriza a ese reptil. Nos habla de un movimiento sinuoso de la que reptar y se transforma, que bien podemos identificarlo con la tierra. La tierra no es estática, sino va cambiando a su propio paso, sin avisar siquiera a quienes habitan en ella, pero cumpliendo así sus propios ciclos de vida. Así mismo nos alerta la Coatlicue, como madre de la tierra y de quienes en ella habitan, que la diosa es libre de arrebatar la vida que ella misma donó en el momento en que crea conveniente.

Otra de las palabras a las que se nos refiere la Coatlicue, es *Tlalilyolo*, ‘corazón de la tierra’, que significa quien provoca temblores, terremotos, reabre sus entrañas y devora a aquellos a quienes les ha dado vida, para de nuevo parir generaciones hu-

manas y divinas. Es por eso que se le conoce como la gran paridora, dadora de la vida y destructora de la misma, por siempre madre y asesina.

A modo de cinturón lleva una serpiente bicéfala, cuyo cuerpo está formado con turquesas o jade; resulta algo difícil adivinar a qué piedra hacía referencia, aunque ambas valían mucho por sí solas. El faldellín también está formado con cuerpos de serpientes que llevan cascabeles en la cola. A cada lado, por debajo de esa prenda, se ven atados de plumas. Aquí lo resaltable es que, lo que se ve, no son las cabezas, sino los cascabeles. Se dice que estos representan la parte más importante, mortal y mística de toda la serpiente; quitándole el cascabel, la serpiente se vuelve nada, cómo si se le despojara su esencia. De hecho, existe una historia que cuenta que si logras quitarle el cascabel a una serpiente aún estando viva, éste te sirve como amuleto. De alguna manera, la Coatlicue hace su presencia como propio amuleto de la tierra, del hombre y de la vida.

Más abajo, seguidos de una tira de turquesas (piedras circulares), tenemos unos adornos de tiras de cuero que se entrelazan, rematados por caracoles. Estos son símbolos de múltiples matrices que simbolizan sus continuas gestaciones.⁹ Pero la gestación más importante aquí, puede ser la escenificada por una serpiente que baja por entre los

8 Iliana Godoy, “En manos de Coatlicue” en *Manos y Pies: Símbolos prehispánicos. Revista Arqueología Mexicana*, Editorial Raíces, vol. XII, no. 71, enero-febrero de 2005, p. 50

9 Fernández, *óp. cit.*, p. 109



pies. Se trata de la representación de un falo, simbolizando directamente a la fertilidad, un atributo más que posee la tierra.

En lugar de pies, vemos unas garras que nos enfatizan las fuerzas brutales de la naturaleza y la ferocidad implacable de la diosa. A lo largo de toda la interpretación he hecho énfasis de su doble personalidad: su lado maternal pero asesino, noble pero feroz. Aunque era una divinidad venerada, para cumplir totalmente su función como diosa, también debía ser temida. Las garras como signo de cualquier fiera, no podían faltar dentro de su escenificación.

Es importante mencionar el círculo perfecto que encontramos no sólo en la piel de la serpiente que cubre toda la figura, sino en ciertos espacios específicos como el cuello o las piernas; se trata probablemente de un *chalchihuitl*, una piedra preciosa verde para los mexicas conocida ahora como el jade; era símbolo del líquido precioso que en el mundo prehispánico puede representar agua, pero también sangre, semen o pulque. No solo era una piedra que simbolizaba la perfección sino a la divinidad misma. Aunque cabe mencionar que existen versiones que aclaran que se trata de la turquesa, *xihuitl*, una piedra igualmente preciosa, utilizada en la élite y como representación del sol; también significa ‘año’ y ‘hierba’, por lo que se les asocia con el tiempo y la fertilidad.¹⁰

La parte posterior muestra de igual manera las cabezas de serpientes como cabeza, la continuación del collar y el amarre que lo sostiene; los hombros y los codos con unas pequeñas garras; y el cinturón que cierra con un cráneo humano como el que se muestra adelante. De él se desprenden unas trenzas, probablemente de cuero, que descienden en forma de escalera en dos niveles. En conjunto está compuesta por trece trenzas, que nos remite a los trece cielos dentro de la cosmovisión náhuatl. Para ellos la tierra era plana, había trece cielos y nueve inframundos. Durante la mañana, el sol ascendía los trece cielos hasta llegar al mediodía; luego, empezaba a bajarlos de regreso (de oriente a occidente). Por las noches, bajaba al inframundo y recorría el reino de los muertos, para así tras librar batalla, reaparecer al día siguiente.

Sobrepuestos a las trenzas, vemos al centro lo que parece un nido de plumas del que se desprenden dos plumas individuales, cada una hacia un lado; un conjunto para cada nivel. Además de seguir haciendo alusión al principio de dualidad, también nos remonta al mito del nacimiento de Huitzilopochtli, puesto que si recordamos, Coatlicue queda encinta mediante una pluma sagrada que cae sobre su regazo. Este atributo puede estarnos hablando del momento justo en que Huitzilopochtli se forma en su ser.

En la base del monolito se labró un relieve de *Tlaloc-Tlaltecuhli*, señor de la tierra y del agua telúrica. Este personifica

10 Uriarte, *óp. cit.*, p. 68

la contraparte de Coatlicue como señora de la tierra, parte de ese carácter dual que encarna toda ella. La posición en donde se encuentra es muy significativa, ya que la escultura en si nos habla de su carácter terrestre; pero, ¿qué sería de la tierra sin el agua?. Así que, aunque en la actualidad no podemos ver la base de la escultura, sabemos que debajo de toda la tierra, como sostén y medio de supervivencia para ella, tenemos el agua.

Coatlicue ve hacia delante y hacia atrás; por lo tanto lo conoce todo, lo sabe todo, el pasado y el futuro. Esto le confiere también un significado de sabiduría y de conocimiento; en otras palabras, le atribuye la omnipresencia que cualquier dios posee.

Las serpientes solares se contraponen con la Tierra; por ello tienen un doble simbolismo: unir a la diosa madre con la Tierra y, de este modo, convertirla en el eje de comunicación del cosmos. La diosa madre une lo terreno y lo divino. En la base se encuentra la Tierra, que contiene agua, y en las alturas están las serpientes solares de turquesa. En Coatlicue, a partir de este eje, se representa la armonía de las fuerzas celestes y telúricas. Pero al mismo tiempo, la élite mexica se consolida como legítima conductora de los destinos terrestres, manipuladores del tiempo y del espacio. A fin de cuentas, este tipo de esculturas eran hechas con el propósito de consolidar el poderío de la élite y plasmarlo de manera permanente y demostrativa para toda la sociedad.

Conclusiones

Coatlicue, deidad de la vida y de la muerte, madre de todos los dioses. Abstracción conceptual donde se sintetizan la creación y la destrucción, el transcurrir del tiempo. Su apariencia es antropomórfica, con símbolos zoomórficos e ideográficos integrados: la carencia de cabeza está sustituida por dos chorros de sangre, representados por serpientes ornamentadas con signos de preciosidad; falda formada por serpientes; garras en las extremidades inferiores; un cráneo humano representando a la muerte; a la espalda, un adorno con caracoles, símbolo de la fertilidad.

Cultura Mexica, periodo Post-Clásico, Museo Nacional de Antropología e Historia, México.¹¹

Al ser la gran manipuladora del tiempo y del espacio, de las fuerzas divinas y terrestres, lo único que falta agregarle, que de alguna manera ya va implícito en ese sentido dual, es su poderío sobre la vida y la muerte y no sólo de los hombres, sino de los mismos dioses. Lo dijimos anteriormente, al ser ella la madre y abuela de la humanidad, y tener el poder de engendrar vida; así mismo tiene el poder de arrebatársela si algo no le place.

Es curioso e interesante como siempre, desde su descubrimiento hasta la actualidad, han pintado a la Coatlicue como

¹¹ Fernández, óp. cit., p. 55

una visión de lo demoniaco, de lo salvaje e inhumano. Esta visión nos habla de una fuerte influencia católica que impide muchas veces apreciar monumentos artísticos como este, porque se comete el error de querer apreciarlo bajos conceptos religiosos en la tradición judeo cristiana; o en todo caso, muy alejados de la real intencionalidad de la obra. Por ejemplo, en esta obra, el tener una fuerte presencia de la serpiente a lo largo de toda su figura provoca en el contexto de dicha tradición occidental, ubicarla instantáneamente en un concepto de pecado y maldad; cuando en realidad, bajo la visión prehispánica, lo que nos quiere transmitir es su sentido terrestre, cambiante y en todo caso, dual.

Sin duda, creo que el personaje de la Coatlicue no sería el mismo sin su representación plástica. Creo que es de esta manera que podemos darnos cuenta, primeramente, que se trata de una obra grandiosamente lograda, con detalles tan delicados y refinados que en su totalidad nos deja una gran admiración por la manufactura. Posteriormente, viéndola con unos ojos analíticos, nos damos cuenta que también está llena de simbolismos y que a su vez, nos da pie a una rica interpretación de los mismos. Tratándose de la época prehispánica, no era para menos; puesto que un rasgo artístico que los caracteriza es una explotación de simbolismos que por supuesto, le otorgan un valor más estético y gustoso a las obras, puesto que crean un

estrecho vínculo entre la imagen y lo que ésta representa.

En resumen, creo que la Coatlicue personifica a uno de los personajes más importantes e influyentes dentro del mundo prehispánico. En ella se compilan los elementos o atributos más significativos que definen una cultura tan compleja y grandiosa como lo fueron los mexicas; y que además, de alguna manera, acoge toda la tradición que les venía antecediendo hasta hacerse de una misma esencia.

Para mí, representa una de las obras más desafiantes y poderosas que nos quedan de ese legado cultural, que constituye nuestro pasado. Es una obra que no sólo impacta visualmente, sino que te lleva más allá de los sentidos y te invita a adentrarte en su mundo, un mundo del cual aún nos podemos llamar ajenos, pero que intrínsecamente forma parte de nosotros mismos y espera ansioso nuestra llegada.

Fuentes de Consulta

Beatriz Barba Ahuatzin y Alicia Blanco Padilla (coordinadoras), *Iconografía mexicana VII Atributos de las deidades femeninas. Homenaje a la maestra Noemí Castillo Tejero*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2007

Fernández, Adela, *Dioses prehispánicos de México*, Panorama Editorial, México 1992

Iconografía del México Antiguo. Revista Arqueología Mexicana, Editorial Raíces, vol. X, no. 55, mayo-junio de 2002, 106 p.

Los Mexicas. Revista Arqueología Mexicana, Editorial Raíces, vol. III, no. 15, septiembre-octubre de 1995, 76 p.

Manos y Pies: Símbolos prehispánicos. Revista Arqueología Mexicana, Editorial Raíces, vol. XII, no. 71, enero-febrero de 2005, 90 p.

Tuñón, Julia, *Mujeres en México. Recordando una historia*, Editorial Planeta, CONACULTA – INAH, México, 2004

Westheim, Paul, *Obras maestras del México Antiguo*, Ediciones Era, México, 1977